

La escuela en tiempos de Pandemia.

Agradezco esta invitación de lugar de infancias, en estos momentos de gran vértigo donde quienes llevamos adelante las escuelas, tanto docentes como directores tenemos que hacer mucho, muy rápidamente y el desafío es sostener espacios para pensar, escuchar y dialogar.

A partir de la irrupción de la pandemia y su consecuencia, el aislamiento social, las escuelas nos vimos frente a la necesidad en muy corto tiempo de pensar cómo continuar. Situación a la que se llamó “continuidad pedagógica”. Se le dieron miles de sentidos. Pero en nuestra escuela sentimos que teníamos que armar un sentido propio con esta idea de continuidad.

¿Que continúa?

¿Algo continúa tal como era?

¿Qué de lo pedagógico debe continuar, cómo?

¿Cómo sostener la función subjetivante de la escuela?

Y es que la pandemia y la necesidad del aislamiento social han sido disruptivos y fueron un quiebre repentino e involuntario que pusieron en jaque cuestiones esenciales de la escuela.

Porque nosotros pensamos la escuela como un territorio de “encuentro”. Un lugar en el que la transmisión de conocimientos es parte de “la cosa”, pero no toda la cosa. No es todo lo que pasa en la escuela

Lo valioso de la escuela está en la posibilidad de encontrarse con otros pares, con quienes a partir de la interacción social y con la intervención de los docentes, se van construyendo conocimientos de los

que las chicas y los chicos se “apropiarán” de acuerdo con los tiempos y modos singulares. Pero será a partir de la **transformación** de lo transmitido, de su reinención que se dará lugar a la autoría de cada sujeto, es decir a la transformación de ese conocimiento en **saber**. Esto le va a dar la posibilidad a cada sujeto de disponer de él de manera singular y creativa. Y para que ello ocurra la escuela debe crear condiciones. Tomando una expresión de Carlos Skliar, la escuela “abre un paraguas que separa a los niños de las urgencias”, urgencias como la de los contenidos de los diseños curriculares, instala una separación de la obligación de producir y de la demanda de construcción de habilidades para prepararlos para las necesidades del mercado, generando así un espacio y un tiempo para pensar, equivocarse, experimentar, practicar, jugar, crear. De resguardo de la infancia.

Por otro lado, la entrada de los niños a la escuela les aporta el **afuera de la casa**, la salida de la endogamia familiar, y la entrada en contacto con otros mundos posibles. Aparecerán **otros** con quienes identificarse y armar lazos. La escuela se instituye como un lugar de terceridad que ordena la vida infantil.

Pero también pensamos que los aprendizajes son experiencias que pasan por el cuerpo, y se hacen cuerpo.

Y es que todo esto es lo que vino a poner en jaque la pandemia.

No es un dato menor el **momento** del año en que se determinó el aislamiento social, porque se

llevó puesto el inicio del ciclo lectivo y todo lo que ello supone. Nada más y nada menos que el armado de la trama vincular que operará como soporte de los procesos de aprendizaje. Es el momento del año dónde se construyen los vínculos de confianza entre las familias y la escuela, entre los alumnos y sus maestros.

Así que en medio de la conmoción de este acontecimiento transitamos el interrogante de cómo darle continuidad a la escuela en tiempos de excepción y cuáles serán los modos en que recrearemos e implementaremos sus prácticas.

Con la claridad de que no estamos frente a un simple cambio de modalidad escolar (antes presencial y ahora virtual) nos encontramos frente a la incertidumbre, a lo inédito, frente a un quiebre de lo conocido y naturalizado por nosotros y frente a la necesidad de recrear la escuela.

¿cómo debe continuar la escuela? Esta pregunta sigue abierta

Y nosotros trabajando para reconocer y nombrar lo imposible, lo que debemos postergar y dejar a un costado momentáneamente, pero apostando al sostén de un lugar de encuentro con los otros, que posibilite las interacciones (como se puedan dar) con la intervención de los maestros creando algo común y acompañando a cada uno en su singularidad y necesidades. Poniendo la energía en la creación de condiciones y sostén, abriendo con fuerza vital ese paraguas para garantizar que haya tiempo para aprender a vérselas con este momento, para tramitarlo, para construir recursos que les

permita hablar y escribir sobre lo que sienten, piensan y temen, para poder acercarse a los objetos de la cultura que amorosamente serán ofrecidos por los docentes, sin apuro, sin presiones con la idea de transitar juntos recorridos deseantes.

Porque cuando volvamos como cita Fernando Baralo en un texto que nos compartió “No importa tanto en qué punto del aprendizaje regresen los alumnos a las escuelas, estén en el punto que estén los vamos a ir a buscar y los vamos a encontrar para seguir aprendiendo”.

Lic. María Marta Larramendy